

¿Qué es la historia?

En parte responsable de cómo hoy pensamos a la historia es el propio pasado de la disciplina en sus comienzos como ciencia social.

Hacia fines del siglo XIX, la historia ocupaba un lugar privilegiado en las universidades, en los colegios públicos y en las academias nacionales. Su aparición estuvo imbuida de un clima de época: el nacimiento y profundización de los nacionalismos, tanto en Europa (emergencia del imperialismo y las ideologías nacionalistas) como en América Latina (dado el proceso de conformación e institucionalización de los estados nacionales).

Su papel era destacado en la construcción del pasado histórico de las naciones y, por lo tanto, en la conformación de los estados nacionales emergentes o en expansión.

Pero ¿Qué clase de historia era ésta? ¿Cuál era su filosofía?

Hija de Comte, de Taine y demás pensadores positivistas, la historia se refugiaba en la concepción evolucionista del devenir sin meditar demasiado sobre su propio objeto. Sin excesivas preocupaciones filosóficas, los historiadores definían su ciencia por el material con el que trabajaban; materiales que, como buenos positivistas pensaban, debían ser medibles y verificables con tanta certeza como la de un biólogo frente a los organismos que observa en su microscópico.

La fórmula que se adoptaba por entonces para definir a la historia era: «*La historia se hace con documentos*». Documentos que debían tener para ser confiables características muy particulares: «*La historia se hace con documentos públicos*».

¿Que tipo de historia es posible, entonces, con esta clase limitada de materiales?

¿Cuál es la historia que a las naciones les interesaba contar?

La historia posible y, a la vez, necesaria era una historia diplomática o, en el sentido más estrecho de la palabra, una historia política que tenía como protagonistas a los hombres públicos captados sólo en sus vidas públicas.

La misma historia que nos enseñaron en nuestra infancia: la historia de los próceres, la historia de las batallas, la historia de las fechas y los nombres, la historia de los días patrios. En definitiva, diría un historiador de aquellos tiempos: *la historia verificable y la única historia que valía la pena ser contada*.

Su objeto eran los hechos y la labor del historiador consistía en verificar la credibilidad de los documentos. Sin más, esa era la tarea del historiador que pasaba sus días en archivos atiborrados de pergaminos, preocupado por recolectar la mayor cantidad de documentos que hiciera de su relato una descripción más completa y rigurosa de los acontecimientos.

Lucien Febvre describe y critica el modo como aquellos historiadores entendían a su ciencia. Una ciencia histórica que era incapaz de hacerse preguntas: *«En aquel entonces los historiadores vivían con un respeto pueril y devoto por el ‘hecho’. Tenían la convicción, ingenua y chocante, de que el científico era un hombre que poniendo el ojo en el microscopio captaba inmediatamente un haz de hechos. De hechos que se le entregaban, de hechos que no tenían más que registrar. Cualquiera de estos doctores en método hubiera tenido suficiente con echar una ojeada, aunque fuera breve, al ocular de un microscopio y mirar una preparación de histología para darse cuenta inmediatamente que para el histólogo no se trata de observar, sino de interpretar lo que debe denominarse una abstracción. Cinco minutos hubieran sido suficientes para medir, en la toma de posesión por el científico de lo que con anterioridad preparó larga y difícilmente - en función de una idea preconcebida -, toda la parte personal del hombre, del investigador que sólo opera porque se ha planteado antes un problema y formulado una hipótesis»* (Nota 1).

Aquellos documentos sólo posibilitaban una historia acontecimental de nombres, fechas y batallas. Una historia que ignoraba a los constructores de pirámides, a los jardineros de Babilonia, a los esclavos de Grecia y de Roma, a las mujeres quemadas en la hoguera, a los siervos medievales, a los niños y mujeres explotados en los albores del capitalismo... Aquellos historiadores no construían explicaciones, solo ‘observaban’ hechos cifrados y rotulados sobre quienes habrían de constituirse en los próceres de la ‘verdad’ histórica, hechos que había que clasificar de acuerdo a un riguroso orden cronológico.

El tiempo en esta historia era una línea perfecta sin desvíos que terminaba allí, donde el leedor de ficheros se encontraba. Piénsenlo a este ‘científico’ remontando un río caudaloso colmado de afluentes y ramificaciones. Su tarea consistía en eliminar los arroyos, los hilos de agua e, incluso, algunas lagunas inmensas como mares, que no conducían a su presente glorioso. Aquellos desvíos que un historiador de hoy miraría y pensaría con atención, ya que de alguna manera representan condiciones de posibilidad, batallas pendientes, memorias perdidas u olvidadas de los vencidos, de los padres sin herederos, de un proceso histórico que hay que construir en su devenir convulsionado y contradictorio (Nota 2).

Esta historia, seguramente la que les resulta a ustedes más conocida, está sin embargo basada en mitos.

Volvamos entonces a hacernos la pregunta: ¿Qué es la historia?

Una definición clásica, pero muy apropiada por todo lo que de ella se puede inferir, reza: la historia es el estudio científicamente elaborado sobre las diversas actividades y las muchas creaciones de los hombres y mujeres de otros tiempos, captados en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras... (Nota 3).

Definir a la historia como un estudio científicamente elaborado significa pensar en el trabajo del historiador como el de un constructor de hipótesis y creador de preguntas. Del mismo modo, supone abandonar la idea primitiva del bibliotecario que colecciona hechos y reemplazarla por la del científico que problematiza el pasado del hombre haciendo nuevas preguntas.

Definir al objeto de la historia como las diversas actividades y las muchas creaciones de los hombres y mujeres de otros tiempos, restituye lo significativo, pone las cosas en su lugar, pues la historia se ocupa de hombres y mujeres de carne y huesos, que supieron vivir en el universo de representaciones de su tiempo, que actuaron en espacios concretos, que tuvieron ideales, que se asociaron, que se enfrentaron, que aprendieron consciente o inconscientemente a formar junto a otros ese mundo vivendi al que llamamos vida.

Entonces la historia así proyectada parece inaprensible, pensarán ustedes...

Sin embargo, esta tarea con tantas bifurcaciones no resulta imposible cuando no olvidamos que el hombre en sociedad, como objeto de conocimiento, debe pensarse como un todo complejo que analíticamente admite miradas fragmentarias. Lo económico, lo político, lo cultural y lo ideológico; los discursos, las prácticas y las representaciones; lo público y lo privado; constituyen niveles de análisis de un mundo-vida en donde cada una de estas dimensiones conserva una autonomía relativa respecto de las otras a las que, no obstante, se encuentra irreductiblemente relacionada:

«... la investigación de las articulaciones evidencia, desde un principio, que cada fuerza en acción, aunque dependiente del movimiento de todas las otras, se halla animada, sin embargo, de un impulso que le es propio. Aunque no estén de ningún modo yuxtapuestas, cada una se desarrolla en el interior de una duración relativamente autónoma; esta última se encuentra animada, además, en los distintos niveles de la temporalidad, por una efervescencia de acontecimientos, por amplios movimientos de coyuntura, y por ondulaciones todavía más profundas, caracterizadas por ritmos muchos más lentos» (Nota 4).

La historia así considerada, no niega las articulaciones necesarias, pero conviene en la posibilidad del azar, de la decisión, de la discontinuidad; está vigilante frente a las simplificaciones que separan lo que está unido y reducen lo diverso.

De esta manera, la crítica a la noción positivista del hecho histórico coexiste con el reconocimiento de momentos y dimensiones del pasado largamente olvidadas. Prefiere un camino con respuestas abiertas, siempre revisables, al «respeto pueril y devoto por el 'hecho'» documentado y sin vida.

¿Cómo entendemos el tiempo en esta nueva manera de pensar la historia?

La renovación contemporánea de la disciplina historia pone fin a uno de los mitos más importantes de la historia tradicional, la representación lineal del tiempo histórico. De ahora en más reconocerá en el pasado sus diferentes ritmos y comprenderá que el tiempo es una categoría que nos permite pensar el compás vertiginoso del acontecimiento (corta duración) hasta la cadencia más profunda, menos cambiante de la estructura (larga duración). Explorará en el pasado sus continuidades y sus rupturas, las transiciones y los desvíos, la obra del *hombre* en un tiempo que no resiste ser representado linealmente.

¿Con qué materiales trabaja el historiador desde esta perspectiva?

Trabaja con documentos, claro, pero interpretados como textos históricos que demandan ser analizados como testimonios incompletos, como indicios que otrora tuvieron un significado que tenemos que tratar de restituir en su especificidad.

Trabaja con textos, pero no sólo con los archivos oficiales, no solo con los que registraron el relato de las victorias, también con cartas de amor, con periódicos clandestinos, con actas de asambleas, con poemas...

Y finalmente trabaja con todas las huellas que el hombre dejó en su paso por la historia: monumentos que inmortalizan glorias pasadas; obras de arte que dibujan valores estéticos, morales e incluso religiosos; inventos que muestran la transformación de la naturaleza por el hombre; máquinas, herramientas y relojes que expresan formas de producción y relaciones de explotación; juegos que trazan la infancia de otros pueblos y, por supuesto, memorias orales que enuncian los momentos imborrables y los grandes silencios.

Al fin la historia se atreve a pensar sobre sí misma. Se pregunta ¿Qué relación existe entre el pasado del hombre y el presente del historiador?

Y se contesta que decididamente el pasado es para nosotros una construcción producto de una reinterpretación constante. Sin embargo, esta larga duración del presente no debe impedirnos que tomemos nuestros recaudos: la historia como pasado de *los hombres*, en tanto objeto de conocimiento, requiere ser comprendida en su complejidad y especificidad; demanda una mirada cautelosa que evite los anacronismos, no olvidando jamás a aquellxs hombres y mujeres que vivieron y significaron su vida en otro tiempo y lugar.

Finalmente la historia como disciplina sabe que su función social es la de interpelar el pasado a través del presente. Son nuestras aspiraciones y preocupaciones las que buscan una respuesta, un sentido. Después de todo, «sólo en función de la vida se interroga a la muerte» (Nota 5) porque desde nuestro presente exploramos «un pasado que detenta y que restituye, en intercambio, el secreto sentido de los destinos humanos» (Nota 6)

NOTAS

NOTA 1. FEBVRE, Lucien (1992). Combates por la historia. Ariel. Barcelona. Página 43.

NOTA 2. La metáfora del río la utiliza magistralmente Lucien Febvre para criticar la visión lineal del tiempo de aquellos historiadores que buscan en el pasado sólo lo en él justifique el presente glorioso de las naciones.

NOTA 3. Definición clásica de Febvre y Bloch, la primera generación de la Escuela de los Annales.

NOTA 4. DUBY, George (2000) Hombres y estructuras de la Edad Media. Siglo XXI. México. Página 254.

NOTA 5. BLOCH, Marc (2000). Introducción a la historia. Fondo de Cultura Económica. México.

NOTA 6. FEBVRE, Lucien (1992). Combates por la historia. Ariel. Barcelona.